

La cultura letrada en la época de la canonización digital

Juan Mendoza
UNR-UBA-CONICET

Resumen

La presente contribución se propone dar cuenta, de manera propedéutica, de un particular problema de las heterarquías de las literaturas en la época de la canonización digital. En ese sentido se procura establecer un vínculo asociativo entre los prístinos planteos en torno a «los senderos de información» pergeñados por Vannevar Bush (1945) en consonancia con la teleología complementaria de Peter Sloterdijk y en relación con «una teoría general de las espumas» (2004). En ese sentido se procuran ceñir, en estricta relación con un recorte arbitrado para los fines específicos e introductorios del presente trabajo, las nociones de «memex» (Bush, 1945) y «esfera» y «espuma» (Sloterdijk, 2004). Finalmente se establecen «asociaciones» entre las nociones mencionadas y las nociones de «tradición» y «biblioteca» tal como las mismas funcionan en determinados fragmentos de la obra de Jorge Luis Borges.

Palabras claves: tradición - post-humanismo – Bush – Sloterdijk - espuma

La tradición letrada en la época de la canonización digital

Dionisio Hidalgo todavía refiere en su *Boletín bibliográfico español* de 1866 el singular caso del visir persa Abdul Kassem Ismael que, como sabemos, en el siglo X viajaba con su biblioteca de ciento diecisiete mil volúmenes manuscritos transportados por una caravana de cuatrocientos camellos especialmente entrenados para moverse a través del desierto en estricto orden alfabético.

Nosotros conocemos versiones de archivos y bibliotecas portátiles que le estuvieron vedadas conocer al visir Abdul. En julio de 1945, Vannevar Bush publicó en la revista norteamericana *Atlantic Monthly* un artículo titulado “As We May Think” (“Cómo podríamos pensar”). Tan destacado como el artículo mismo era la nota a pie de página que, firmada por el editor de la revista, se desprendía del título de aquella primera edición:

Como Director de la “Office of Scientific Research and Development” [la Oficina para la Investigación y el Desarrollo Científico del gobierno de los Estados Unidos], el doctor Vannevar Bush coordinó a unos seis mil de los más prominentes científicos estadounidenses de la época en actividades destinadas a aplicar la ciencia al desarrollo de sistemas de armamentos. En este significativo artículo Bush presenta a los científicos un incentivo una vez que la guerra ha terminado, y les anima a dedicarse a la ingente tarea de hacer más accesible el inmenso y siempre desconcertante almacén de conocimiento de la raza humana. Durante años, las invenciones de la humanidad han servido para aumentar el poder físico de las personas y no su poder mental. Así, los martillos hidráulicos multiplican la fuerza de las manos, los microscopios agudizan la mirada y los motores de detección y destrucción constituyen los nuevos resultados, aunque no los resultados finales, de la ciencia. En este momento, explica Vannevar Bush, tenemos en nuestro poder instrumentos que, desarrollados de manera adecuada, pueden proporcionar al género humano el acceso y el control sobre el conocimiento que hemos ido

heredando a lo largo de toda nuestra historia. El perfeccionamiento de estos instrumentos, de carácter pacífico, debería constituir el objetivo primordial de nuestros científicos ahora que van dejando atrás sus trabajos en el terreno del armamento. De manera similar al que Emerson publicó en 1837 en *The American Scholar*, este artículo del doctor Vannevar Bush constituye una llamada al establecimiento de una nueva relación entre el ser humano pensante y la suma de nuestros conocimientos. (1945: 19-20)

El artículo de Bush participa por entonces de la necesidad de pensar otras actividades para ocupar a los científicos apenas pasada la guerra: “constituye una llamada” para esa tarea y un “programa”. Como también se sabe, el artículo de Vannevar Bush constituyó asimismo la colocación del primer ladrillo de ese inconmensurable edificio al que hoy conocemos bajo la denominación de Internet. Es de notar que a Bush después de la guerra lo embargue una de las preocupaciones más caras a la tradición humanista: la del problema del archivo. Si los principales enemigos del archivo y la conservación del patrimonio desde la antigüedad han sido las guerras y las catástrofes, Vannevar Bush, pese a su evidente vocación belicista, sin embargo, nos entrega una propuesta a ese respecto “esperanzadora”:

Si, desde la invención de los tipos de imprenta móviles, la raza humana ha producido un archivo total, en forma de revistas, periódicos, libros, octavillas, folletos publicitarios y correspondencia equivalente a mil millones de libros, toda esa ingente cantidad de material, microfilmado, podría acarreararse en una furgoneta. (1945: 29)

Junto con el problema de la comprensión del material bibliográfico de todos los tiempos al mero espacio de una “furgoneta”, en el artículo también se detallan los pormenores de una preocupación tanto o más importante que la del archivo: la del problema de cómo consultarlo. Poniendo un especial énfasis en la “selección”, es en ese mismo artículo donde Bush pormenoriza un aparato semejante a una “biblioteca” o “archivo privado”: el *memex*. Con la fusión de las palabras *Memory Extender*, el *memex* se presenta, en la primera versión que fue capaz de pergeñar Bush, como un sistema de indización o archivo de tipo asociativo, capaz de “enlazar dos elementos distintos entre sí” (1945: 45). El mecanismo del dispositivo, por familiar que hoy parezca, tuvo para el mundo de la informática todos los condimentos de una comunicación iluminadora al mejor estilo de aquel episodio de la noticia de la escritura que Theuth le transfiere a Thamus, tal como Platón lo refiere en el *Fedro*. Además, entre sus consecuencias se vaticinaba, a la manera de lo prefigurado por Borges en “*Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*”, la creación de “nuevas formas de enciclopedias” y, desde luego, la emergencia de nuevas metodologías de trabajo en el ámbito de las ciencias sociales, entre las que Bush destaca el paradigmático caso de la historia:

El historiador, que tiene frente a sí la vasta historia de un pueblo, establecerá paralelismos por medio de un sendero de información que contiene paradas únicamente en los elementos más sobresalientes, y puede seguir, en cualquier momento, senderos contemporáneos que le conducen a través de toda la civilización existente en una época determinada. Aparecerá una nueva profesión, la de los trazadores de senderos, es decir, aquellas personas que encuentran placer en la tarea de establecer senderos de información útiles que transcurran a través de la inmensa masa del archivo común de la Humanidad. (Para los discípulos de cualquier maestro, la herencia de éste pasará a ser no sólo sus contribuciones al archivo mundial, sino también los senderos de

información que fue estableciendo a lo largo de su vida, y que constituirán el andamiaje fundamental de los conocimientos de los discípulos) (1945: 49).

Este tipo de vaticinios, que a muchos parecerá una mera versión retro-futurista de lo que alguna vez se imaginó que serían nuestros quehaceres en el ámbito de las ciencias sociales en general, desde luego, son susceptibles de ser interpelados desde una amplia bibliografía crítica. De entre los paisajes más radicales de esa bibliografía crítica, desde luego, emergen los trabajos de Walter Benjamin en torno a la crisis de la *experiencia* (*El narrador*, 1936) y el estado del arte en la época de la reproductibilidad técnica (*La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, 1935 y 1936).¹

Transcurridos algunos años y a la luz del corolario que el memex urdido por Bush ha comenzado a exhibir, bien vale contrastar algunas de sus características iniciales con la desproporcionada escala de sus consecuencias. Peter Sloterdijk, siguiendo la línea pergeñada por Michel Foucault y continuada por Gilles Deleuze, se lamenta que en el mundo actual se llame con el nombre de sociedades a los más perversos programas de encierro que no hacen más que abonar las hipótesis del *campo-concentración* de la vida en las ciudades contemporáneas: el encapsulamiento de la vida en burbujas de consumo, burbujas musicales, burbujas ideológicas, burbujas electrónicas, burbujas generacionales, burbujas culturales, burbujas disciplinares, la transformación de las ciudades (ciudades reales, ciudades imaginarias, *cibervilles*) en itinerarios sin trayecto donde sin darnos cuenta pasamos de una burbuja a otra a bordo de, por supuesto, otras burbujas mediante. No obstante, dos o más burbujas se reúnen dando lugar a una mayor que ellas. Al mismo tiempo, en muchos itinerarios el abrir y cerrar de las compuertas automáticas es lo más parecido que pueda existir a la expansión y explosión de una burbuja:

...se han impuesto en la literatura urbanística las expresiones de tráfico y comunicación; como si se quisiera reducir el fenómeno ciudad a las generalidades del cambio de lugar y del flujo de datos. Desde que el impulso electrónico ha alcanzado a la teoría, esto llega hasta ficciones como la de la ciudad virtual, el territorio-*online*, la *City of bits*, la *Ciberville* y metáforas de descorporeización semejantes. Mientras más avanzado el modelo, más vaporiza a la ciudad actual, convirtiéndola en un revoltijo fantasmático de nudos de redes telemáticas. El urbanismo-e supera la materialidad y densidad del espacio... (Sloterdijk 2004: 497)

Siguiendo la línea de esa vaporización de los espacios, bien vale pensar también una desmaterialización de las tradiciones, también convertidas en “revoltijo fantasmático” y, desde luego, desmaterializados sus soportes, en algo también líquido y susceptible de ser interpretado en términos de espumas: si por la Web se navega bien vale adjudicarle al

¹ En un reciente artículo hemos examinado, aunque sin referirnos a Vannevar Bush, varias facetas del problema. En ese artículo, y entre la amplia bibliografía que hay sobre el problema, se “enlazan” determinadas noticias del super-hombre nietzscheano con el fenómeno de la transformación de la lengua materna advertido por Heidegger, distinciones entre “los estratos” y “lo no estratificado” a la manera de lo concebido por Deleuze a partir de Foucault, el escrutinio del advenimiento post-humanista que desarrolla Peter Sloterdijk en cierto pasaje de su trabajo en contrapunto con planteos referidos al genoma humano provenientes del neoevolucionismo de Richar Dawkins. El presente ensayo participa de la contribución iniciada en aquel ensayo: véase Mendoza, Juan (2008). “El cable de carne”, en *Revista Filología XXXVI-XXXVII* : 139-152. Asimismo, un trabajo del cual el nuestro es deudor también nos parece el de Daniel Link (2003). “Análisis (cuantitativo) del presente Orbis Tertius (La obra de arte en la época de su reproductibilidad digital)”, en *Cómo se lee y otras intervenciones críticas*, Buenos Aires, Norma.

itinerario todas las metáforas oceánicas, entre las cuales se encuentran, desde luego, las de las espumas, las de las burbujas.

Lo mismo que con los fenómenos urbanísticos analizados en *Esferas III* por Peter Sloterdijk, se puede pensar qué sucede con la historia de las inscripciones. ¿Qué sucedería si comenzáramos a leer el último capítulo de esa novela filosófica de tres entregas conocidas como *Esferas* de Peter Sloterdijk también como un gran tratado metodológico sobre cómo pensar de nuevo, entre otros asuntos, los problemas de la «tradición»? Sloterdijk nos propone leer la historia del espacio (y del urbanismo) como un proceso *aphrosférico*: un devenir atmosférico de la espuma donde el hábitat tecnológico es una suerte de reedición de los orígenes espumosos del mito de Afrodita (que, como sospecha Sloterdijk en su saga, sería una feliz confusión etimológica traída por Hesíodo al Olimpo Heleno arrastrada desde los panteones sirio-fenicios y babilónicos). El trabajo de Sloterdijk, que en la línea de Foucault también piensa la historia de las políticas de los espacios como una historia del sometimiento de los cuerpos, está íntimamente vinculado con el último secuestro de los cuerpos que el aparato tecnológico actual entrañaría: una definitiva morada tecnológica (que también es féretro) para la carne y para “la materia gris”: con su también terrorífica transformación del lector en ese cyborg que se incubaba en el arsenal de nuestras nuevas tecnologías cognitivas. Las máquinas no se erigen como un nuevo objeto sucesor de los libros sino, incluso, como seres sucesores de esa *rara avis* que también fueron los lectores con sus respectivas singularidades históricas, e incluso, también los copistas amanuenses, los imprenteros, los linotipistas, ahora, sólo por ahora, devenidos en *data-enter* y operadores de *scanners*, tipeadores de comentarios, escritores de notas a pie de página de la “gran literatura”, redactores de glosas.

Como se sabe desde la ecdótica, la copia y el error son los verdaderos protagonistas de la historia literaria. Con un *hardware* manipulado por copistas y lectores que sufrió innumerables metamorfosis a lo largo de los tiempos, desde las plantillas de cera y el estilete hasta el actual soporte *blogger*, pasando por el scriptorium medieval y la imprenta de tipos móviles, la linotipia, la máquina de escribir, la historia de los textos también puede comprenderse como la historia de la transformación de la espuma:

Hay que agradecer a la historia del siglo XX la introducción del tiempo en el análisis de la espuma. Hemos aprendido que las espumas son procesos y que en el interior del caos de múltiples celdas se producen constantemente saltos, transformaciones y cambios de formato. Esa agitación tiene un rumbo, conduce a mayor estabilidad e inclusividad. Una espuma vieja se reconoce porque sus burbujas son mayores que las de las espumas jóvenes, porque las celdas jóvenes que revientan mueren en cierto modo dentro de sus vecinas, a quienes legan su volumen. (Sloterdijk 2004: 43)

¿No se puede establecer un “sendero asociativo” entre estas expresiones de Sloterdijk y eso que en Borges aparece como “resonancias” en aquel célebre ensayo suyo titulado “Kafka y sus precursores”? Pues bien, sí y no. Porque lo que el estudio de la historia de la espuma introduce es el problema del vacío: el vacío que hay dentro de cada burbuja, desde luego, pero también el vacío que la reunión de todas ellas también es en eso que se conoce como espuma. Es de notar que en la configuración de la espuma no hay una burbuja central. Puede haber un lugar desde el cual la espuma provenga o, incluso, una teleología que opera como horizonte final de esa espuma (eso siempre y cuando un horizonte final de los textos pudiera establecerse). Pero lo que no hay es una clara idea de centro. Asimismo, lo que también queda como teleología inexorable de la espuma es, junto con su intangibilidad, su eventual volatilidad, su carácter huidizo. Lo que la introducción de la espuma plantea como problema metodológico es una estrategia para

pensar nuevos modos de narrar las historias de nuestras literaturas una vez que advertimos que ciertas canonizaciones son el *bouquet*, el resto, lo que queda... de una época ¿Cómo escrutar lo que está por desaparecer y que es, nada menos, eso que durante siglos referimos como “cultura letrada” o “humanismo”? Pero además ¿cómo hacerlo sin recurrir a la noción de “centro” que tanta vigencia quiere exhibir pese a sus controversiales resistencias, pese a que nuestras convicciones más íntimas no simpaticen en absoluto con ella y permanentemente se reconozcan en trazos alternativos de *comunidades inconfesables* tales como *la tribu* (Libertella), *la periferia* (Borges), *el afuera* (Foucault, Deleuze, Blanchot)? Pero no sólo eso: el problema también reside en la pérdida de estabilidad de ciertas nociones convencionales de “lecturas”, ese fenómeno que las maneras de leer en el siglo XXI (sino ya desde principios del siglo XX) comienzan a repeler de manera al parecer irreversible. Lo que el método del trazado de senderos de Bush instaura es, más que un modo de leer, otro modo de visualizar el “fragmento”. Las espumas viejas se reconocen porque sus burbujas “son mayores que las de las espumas jóvenes”, y “las celdas jóvenes que revientan mueren en cierto modo dentro de sus vecinas, a quienes le legan su volumen”: ¿no hay aquí una hipótesis sobre el tratamiento que propinan de los clásicos los amanuenses digitales en la narrativa electrónica? Y no sólo ello: ¿no hay también en ello una descripción de la lectura hipervincular que responde al ritmo de cada enlace? El promedio de permanencia de cada usuario de Internet es de 8 segundos por página.

Roland Barthes, a su manera, también supo sentar su posición sobre el asunto en ese monumento a la lectura fragmentaria que es su *S/Z*:

...el texto único vale por todos los textos de la literatura, no porque los represente (los abstraiga y los equipare) sino porque la literatura misma no es nunca sino un solo texto: el texto único no es acceso (inductivo) a un Modelo, sino entrada a una red con mil entradas... (Barthes 1970: 8)

En efecto, y tal como nuestro sistema de redes actuales lo hace posible, la “tradición” es ese texto único que vamos hilvanando en nuestro sendero de navegación: hipervínculos pergeñados por una aguja de coser sin hilo. Una ley de las espumas como estrategia de lectura también para las historias de nuestras literaturas se nos presenta como estrategia prolífica para comenzar a superar ese gran problema de la “selección” y del “recorte” en un *corpus* que se ha vuelto definitivamente inconmensurable o, en su defecto, insosteniblemente acotado y arbitrario.

Una ley de las espumas como manera de leer la historia de los textos puede emerger como estrategia para debatir el problema del canon, ese problema que ya, como se sabe, también afecta no sólo al *software*, sino también al *hardware* digital² y que, además, se pretende instalar como un debate por el estado final de las cartografías en esa nueva Atlántida que comienza a ser nuestra propia historia cultural. Porque si se puede hacer un uso de la ley de las espumas que Sloterdijk utiliza para pensar la historia universal de los espacios y nosotros para pensar una lógica del movimiento de la tradición, del mismo modo, también se puede pensar la tradición letrada en términos espaciales: en términos urbanísticos (célebre es en nuestras latitudes la noción de “ciudad letrada” pormenorizada por Ángel Rama (1984)). En ese sentido, a la utopía de una *République des lettres* quizá le toca el tiempo de una clausura: el bajado de las persianas

² “Canon digital” también refiere a la tasa aplicada a diversos medios de grabación y reproducción digital y cuya recaudación reciben los autores, editores, productores y artistas, asociados a alguna entidad de gestión de derechos de autor en compensación por las copias que se hacen de sus trabajos.

en una época de puertas electrónicas. En ese sentido, es de notar, hay quienes se empecinan en una tarea arqueológica en el mismo momento en que ocurre la catástrofe y la desaparición de aquello que procuran escrutar (arqueología cuantitativa del presente): como si se acometiera el estudio del halo de un cometa de 2500 años de antigüedad (de no más de dos siglos en nuestros casos hispanoamericanos): el cometa puede tener más o menos años de antigüedad, pero la ley del viaje de la luz dicta que, para cada porción determinada del vacío, las partículas de la luz mueren en el mismo instante en el que nacen. Paleontólogos que se preocupan por las ruinas de una ciudad en el mismo momento en que la destrucción de la ciudad se está propinando. Pero: ¿qué hay si las ruinas de esa ciudad que se destruye no existieron nunca? Ruinas virtuales de una ciudad sólo pergeñada por la imaginación. ¿Tal vez la tradición opere como una nueva Atlántida sumergiéndose delante de nosotros, nosotros, que somos también las gotas de ese océano que la sumerge? Una Atlántida de mucho más de veinticinco siglos para el caso de nuestra cosmogonía occidental a cuya inhumación asisten, festivos, los miembros de una tribu que se hace notar con sus ruidos de timbaletas augurando el nacimiento de algún nuevo tipo de arte, pero al que también asisten, entremezclados, y sin saber quién es quién, bandadas de tecnócratas pusilánimes que contemplan indiferentes la magnitud del espesor que sepultan.

En el sendero de asociaciones que traza Borges en “Kafka y sus precursores” se hilan fragmentos de la paradoja de Zenón con un prosista del siglo IX apólogo de Han Yu, fragmentos de Robert Browning con otros de Lord Dunsany y León Bloy. Al cabo de ese sendero de desvíos y afinaciones Borges concluye:

Si no me equivoco, las heterogéneas piezas que he enumerado se parecen a Kafka; si no me equivoco, no todas se parecen entre sí. Este último hecho es el más significativo. En cada uno de esos textos está la idiosincrasia de Kafka, en grado mayor o menor, pero si Kafka no hubiera escrito, no la percibiríamos; vale decir, no existiría. (...) En el vocabulario crítico, la palabra precursor es indispensable, pero habría que tratar de purificarla de toda connotación de polémica o rivalidad. El hecho es que cada escritor crea sus precursores. Su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro. En esta correlación nada importa la identidad o la pluralidad de los hombres. (1952: 711-712)

Se nos impone que la comunicación de Vannevar Bush es precursora de toda la tradición o, mejor, Internet emerge como un nuevo mecanismo precursor de toda la tradición humanista. Cada época imagina, a su modo, a sus precedentes. La lógica de un nuevo archivo universal y global opera de un modo homogeneizador: con su pro: apariencia de desjerarquización o instauración de nuevas heterarquías. Con su contra: la pulverización de todas las singularidades distintivas. *Toda historia es historia contemporánea* ha afirmado alguna vez el siempre referido Robin G. Collingwood. Entre el *memex*, ese aparatito imaginado por Vannevar Bush y materializado hasta su propio desborde en nuestro actual sistema de redes, y una teoría general de las espumas, tal como la ensaya Peter Sloterdijk en *Esferas III*, se trama la parábola precursora de una nueva manera de comprender la tradición. Entre sus antecesores no todos los fragmentos se parecen entre sí, pero en *la hiancia* y en el entre de cada uno de esos fragmentos está la idiosincrasia de toda la tradición letrada que respira en la Web: ¿respiración estertórea?

Los buscadores y los *pop-ups* convocados por el *ctrl+b*, pero también los historiales de navegación y los *labels* funcionan como “senderos de información” en un

archivo total todavía en ciernes:³ ¿qué maneras de leer se imponen en estos *modus operandi* (por no decir *modus vivendi*)? ¿Cómo pensar más allá del canon en una época de canonización digital? ¿Cómo pensar la canonización que la era digital insta en una época donde la propia noción de canon es sustituida por la de “lectura automática” y cualquier fragmento de obra puede ser convocado aleatoriamente para la resolución de cualquier “bloque operativo”? ¿Qué alternativas existen entre la resistencia a la obsoleta y reaccionaria noción de “centro” y la actual proliferación de lecturas automáticas en una base de datos que, como se sabe, rescata al mismo tiempo que desdeña gran parte de nuestras tradiciones? En la historia se vivieron grandes operaciones de rescate de determinadas tradiciones, como la propiciada por la Escuela de Traductores de Toledo en el *scriptorium* alfonsí del siglo XIII; también se conocieron unilateralmente fundaciones imaginarias de tradiciones perdidas como la auspiciada por el propio Archivo de Indias;⁴ sólo por nombrar casos sobresalientes de nuestras tradiciones más cercanas y cada una representativa de una lógica determinada: transducción de una cultura a otra o invención de una cultura al mismo tiempo en que la cultura imaginada en el gesto de rescatarla se perdía. En la actualidad asistimos a operaciones semejantes a ambas lógicas y simultáneas a una escala global que se pretende pan-histórica. Sabemos que en esas operaciones (esos cambios de soporte), siempre es más lo que se pierde que lo que se gana. Pero la paradoja dicta que sin esa pérdida nada pervive. Extraña aporía de la transcripción. ¿Insistir con estrategias de resistencias locales como la de nuestras historias de las literaturas nacionales en épocas post-nacionales? ¿Transigir con el advenimiento de estrategias heterárquicas en una era de neo-centralizaciones des-localizadas?

Borges había anticipado que el mundo sería Tlön, o sea, el mundo sería una nueva enciclopedia. Pero en aquellas elucubraciones fantásticas corroboradas por la actualidad Tlön se presentaba pergeñado por caracteres humanos (nótese el cambio del tiempo verbal): “Tlön será un laberinto, pero es un laberinto urdido por hombres, un laberinto destinado a que lo descifren los hombres.” (Borges 1940: 34)⁵

A ese mismo respecto, el diagnóstico de Sloterdijk no es tan esperanzador, pese a ser Borges un declarado militante del escepticismo:

Los modernos medios de almacenaje sólo muestran ya una conexión marginal con las circunstancias humanas: (...) en ellos, como en todos los archivos cognitivos, se hacen colecciones a-subjetivas: amontonamientos de información para nadie. (Sloterdijk 2004: 329)

¿Se nos impone la creación de títulos habilitantes para esas nuevas profesiones que son los “trazados de senderos”: multiperspectivistas y expertos en maneras de leer multifocal, exploradores de sentidos heterárquicos y multipermutables en una era de “colecciones a-subjetivas”? Una teoría de los sistemas de comunidad está comenzando a realizar la tarea que nuestras tradicionales y descompensadas historias de las literaturas nacionales han desarrollado de un modo que la era tecnológica pretende sentenciar como obsoleto. Leer la historia cultural en términos de espuma ya no puede ser una tarea hermenéutica o un desciframiento de signos: es ya una tarea *aphrológica* y

³ La gran tarea institucional de las bibliotecas en este momento es la digitalización de sus textos.

⁴ El Archivo General de Indias, creado en 1785 por iniciativa del Secretario de Indias José de Gálvez e instrumentado por el cosmógrafo e historiador de Indias Juan Bautista Muñoz en tiempos de Carlos III, se proponía como un mecanismo de centralización de un poder geográficamente disperso.

⁵ El subrayado es nuestro.

poliesferológica: un verdadero salto en el estudio de las multiplicidades prefigurado por Blanchot, Foucault, Deleuze.

Ciberville, nuestro actual sistema de redes, guarda en el gran programa “barbarizador” que incuba en sus entrañas una íntima relación con la *Ciudad letrada*. Pero es de notar que asistimos a la fase terminal de aquel proyecto de una *République des lettres*. Si bien para muchos el proyecto de una república letrada poseía en su seno los vicios que cualquier organización jerárquica conlleva, la misma fue reemplazada por una metrópolis de tráfico grafemáticos, edificios construidos por alfabetos de diversos orígenes, verdaderas reediciones de Babel. El *php* y el *html*⁶ son sólo algunos de los tantos zócalos sobre los que se monta la interfaz gráfica de nuestro actual sistema de redes, lenguaje sobreimpreso que oculta, a su vez, un lenguaje anterior –urdido por una cultura letrada ya invisible acaso- pero que operó como indiscutida condición de posibilidad para el murmullo cibernético y el “revoltijo fantasmático” en el que nuestras tradiciones se transforman...

Bibliografía

Barthes, Roland (1992)[1970]. *S/Z*, Madrid, Siglo XXI.

Borges, Jorge Luis (1991)[1940]. “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, en *Ficciones*, Buenos Aires, Emecé.

Bush, Vannevar (2001) [1945]. “Cómo podríamos pensar”, en *Revista de Occidente* 239: 19-52.

_____ (1974)[1952]. “Kafka y sus precursores”, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé.

Sloterdijk, Peter (2006) [2004]. *Esfemas III. Espumas. Esferología plural*, Madrid, Siruela. [Trad. De Isidoro Reguera].

⁶ PHP es un acrónimo recursivo que significa “PHP Hypertext Pre-processor”; HTML, por su parte, la sigla que cifra “HyperText Markup Language”. Ambos figuran entre los lenguajes predominantes para el diseño de páginas webs con contenido textual en nuestro actual sistema de redes.